

2

DISCURSO

PRONUNCIADO

EN EL COLEGIO DE FARMACIA

POR EL BACHILLER

D. JUAN PRIETO Y LEYDA,

EN EL SOLEMNE ACTO

DE RECIBIR LA INVESTIDURA DE LICENCIADO

EN DICHA FACULTAD.



1024536

MADRID.—1864.

IMPRESA DE LA IBERIA, Á CARGO DE JOSÉ DE ROJAS.
Calle de Valverde, 16 y 48, bajo.

Breves reflexiones sobre la Moralidad profesional del Farmacéutico.

A La Redaccion del *Restaurador*

El autor

EXCMO. É ILMO. SEÑOR:

Uno de los dias que forman época en la vida del hombre, es aquel que dá término á sus tareas escolásticas y en que, como nosotros, se acerca con el más profundo respeto á recibir de vuestras manos las honrosas insignias de la Licenciatura. Desde este dia dá principio á otra carrera más espinosa y en que puede comprometer altamente su reputacion si algun acontecimiento adverso viene á perturbar su descanso.

Bien convencidos de la verdad de esta proposicion nos encontramos todos los que hoy vamos á tener el honor de que se nos confiera el grado, y por lo tanto, este dia es para nosotros, á la par que halagüeño, bastante crítico, hasta el punto que nuestros corazones se encuentran como oprimidos por los lazos que pueden aprisionarlos y de que solo se verán libres si nuestros pasos son meditados con un sano juicio. Desde este

momento hemos adquirido grandes compromisos, que deberemos desempeñar con mucho celo y religiosidad si no queremos olvidar lo que dentro de cortos momentos pronunciarán nuestros lábios.

A la consideracion de mis dignos compañeros debo el dirigir mi palabra ante la presencia de este respectable Claústro, para poner de manifiesto algunos puntos que tienen relacion con la Moralidad profesional del Farmacéutico.

Largos años consagrados al estudio teórico y práctico de la Profesion; el diploma recibido en una Escuela especial que justifique los conocimientos y la aptitud del candidato, y hasta la posesion de una Oficina abierta al público, todas estas condiciones no constituyen aún al Farmacéutico verdaderamente digno de este título. Si hasta aquí ha llenado sus obligaciones para con la ciencia, otros deberes le van á ser impuestos por la sociedad, á la cual se consagra. En el momento en que vá á hacer aplicacion de los principios de que se ha penetrado durante el curso de su educacion farmacéutica, necesario es que tenga muy en cuenta varios preceptos que pueden servirle de guia, haciéndole conocer la naturaleza y estension de sus deberes, la importancia y la dignidad de su título, presentándole las ventajas y el colmo de felicidad que puede esperar de su Profesion, si á los talentos y á las luces que supone, sabe unir las cualidades y virtudes que tan imperiosamente reclama.

El pensamiento que debe dominar al Farmacéutico colocado al frente de una Oficina, es su responsabilidad, que de secundaria é indirecta que era en los periodos precedentes, es entonces inmediata, obligándole personalmente con respecto al público. Su rigu-

rosa probidad se manifestará, ante todo, en la ejecucion de las fórmulas; en efecto, el menor cambio, la menor sustitucion, bajo cualquier pretesto que esté fundada, no solamente es contraria á los principios de la sana moral, sino que tambien puede comprometer á la vez la responsabilidad del Médico, y lo que es más, la salud y aún la vida del enfermo. Además, solo por medio de una escrupulosa fidelidad se conserva á un medicamento su carácter más precioso y la identidad en su composicion: todo descuido con respecto á este punto, alejaria infaliblemente la confianza que el público deposita y que tanto interés tiene él en merecer y en obtener. Nada le puede dispensar de una vigilancia no interrumpida, y por más numerosas que sean las atenciones de la Oficina, ninguna operacion debe escaparse á su ojo atento é investigador.

El Farmacéutico, penetrado de la importancia y de la dignidad de su título, debe principiar por respetarse á sí mismo, si ambiciona el respeto de los demás; pero nunca este sentimiento ha de autorizarle á usar en sus relaciones con el público de una arrogancia inútil y despreciable.

Se necesita, no pocas veces, una gran condescendencia de carácter para responder siempre á preguntas ya pueriles, á observaciones ridículas y chocantes de parte de enfermos prevenidos, desconfiados ó displicentes: pero pronto la costumbre hace vencer estas dificultades que se encuentran, con corta diferencia, en todas las posiciones sociales. Es necesario, en fin, que el Farmacéutico conserve la aptitud del hombre que una educacion científica eleva á la altura de las mejores condiciones de la sociedad,

Hay otro género de relaciones que ligan al Farmacéutico con el Profesor médico: no se trata de esa vana cuestión de preeminencia entre las diversas partes del arte de curar, entre profesiones que tienden al mismo objeto, y cuyos límites solo son relativos al ejercicio, y de ningún modo al saber ó talento de los que á ellas se han dedicado.

Ha pasado ya la época en que se señalaban los Farmacéuticos de su siglo como manipuladores empíricos y humildes ejecutores de las prescripciones magistrales. Semejantes preocupaciones no separan hoy día las diversas partes de una ciencia única en sus principios y en su objeto.

Mas el Farmacéutico por su parte no debe abusar, censurando de un modo indiscreto las prescripciones que se le confian, haciéndolas sufrir modificaciones, siempre reprobables, cualquiera que sea el motivo. No debe descansar en la teoría de los sucedáneos, que los antiguos Farmacólogos habian considerado como permitida, pero que modernamente es necesario mirar con mucha circunspeccion, y recordando que el mismo principio que existe en diferentes especies vegetales, no se encuentra en cada una en las mismas proporciones; así por el análisis se sabe que las tres especies de ipecacuana todas contienen un principio inmediato llamado emetina, pero en proporciones diferentes. El gran fundamento sentado por Linneo tiene, sin embargo, sus escepciones, y en ciertas familias naturales hay plantas que contienen principios diferentes; entre las solanáceas, dotadas de bastante actividad, existen, sin embargo, algunas especies inocentes y hasta comestibles. Pero si uno de estos errores manifiestos que la atención más severa

no siempre puede evitar, hiciese una fórmula inejecutable ó peligrosa en su aplicacion, el deber del Farmacéutico seria entonces referirlo al Médico, con ciertas precauciones delicadas y sin que llegase á noticia del paciente, porque semejante modo de conducirse podria alterar su confianza ó hacer dudar del éxito.

Si bien estas primeras reglas de conducta forman, por decirlo así, el Código moral de la profesion, hay condiciones indispensables que debe poseer en alto grado el hombre que la ejerce. Para cumplir debidamente con las obligaciones que impone el título, necesario es que existan muchas relaciones entre el carácter del individuo y la naturaleza de las funciones á las cuales se consagra; existen para cada Profesion una série determinada de condiciones, que si no son el patrimonio del que se dedica á ellas, tarde ó temprano le esponen á sufrir un desengaño.

Una de las causas que se oponen más al buen éxito, es la de no saber conformar su vida con su destino, no tomar en él más que un interés secundario, no ver sino un medio de llegar á la fortuna, y no una posición en la cual se debe seguir su camino, y á la que la existencia se encuentra por todas partes ligada.

Estudad los hombres que se distinguen en las funciones que desempeñan, y observareis en ellos esta dichosa armonía del carácter y de los goces con las costumbres de su ocupacion, mientras que otros, incapaces de plegarse á las exigencias de su estado, atribuyen á su Profesion misma las pocas ventajas que les procura, la desprecian ó la olvidan, y perecen oscuros y descontentos en una funesta medianía.

El Farmacéutico no debe jamás perder de vista el

objeto especial de su destino, y comprenderá cuánta gravedad, discrecion y prudencia exige; debe considerar que la vida de los hombres está en sus manos, y tendrá el sentimiento de los deberes íntimos que la confianza pública le impone: que su conciencia es el único juez que en muchos casos puede sentenciar sus acciones: así es que en la administracion del cloruro mercurioso, si en vez de los calomelanos propina el precipitado blanco, de cuyo cambio pueden resultar gravísimas consecuencias á la humanidad doliente, el análisis no es suficiente para decidir acerca de semejante abuso, pues sometido el medicamento á los medios que el Químico puede poner en práctica, encontrará únicamente que el cuerpo en cuestion es un cloruro mercurioso, sin saber el estado particular de agregacion en que sus moléculas se reunieron; debe tener presente, en fin, la responsabilidad que sobre él pesa, y quedará convencido de que la asiduidad y la vigilancia son los únicos medios de aminorar su gravedad y de prevenir sus pesadas consecuencias. No basta que sea instruido é íntegro; menester es tambien que sea compasivo: hácia él se dirige el primer pensamiento del hombre que sufre, y él debe corresponderle con un afecto sin límites, con un celo incesante. Es menester, en fin, que sea caritativo y que una generosa delicadeza dé alguna vez al servicio prestado el carácter de favor; y así será desinteresado siempre que el precio de sus cuidados imponga al desvalido un sacrificio más allá de sus débiles fuerzas. De este modo podrá rechazar los cargos de codicia y egoismo, y realzará á los ojos de todos la dignidad de una Profesion que confunde con sus deberes semejantes sentimientos.

«Acordaos,—decia Hipócrates á sus discípulos,— que no amareis verdaderamente vuestro arte sino en tanto que seais amigos sinceros de la humanidad.»
 ¿Cómo puede concebirse, en efecto, que sin amar á los hombres, pueda uno entregarse á un estudio que tiene por objeto socorrerles en sus padecimientos? ¿Qué otro atractivo más poderoso podria, pues, determinar la eleccion de semejante carrera? ¿La fortuna? No hay otro camino que conduzca á ella menos rápidamente. ¿El lustre de la Profesion? De todas las que descansan sobre las ciencias, es en verdad la más modesta, la que presenta menos ilusiones. Se buscaria la independendencia; ¿pero qué funciones exigen más asiduidad, permiten menos horas de reposo, reclaman una sujecion más completa, una abnegacion más entera de sí mismo? ¿Será, en fin, el atractivo de las hermosas ciencias sobre las cuales descansa? No es probable que despues de los cuidados de una administracion minuciosa y de las multiplicadas atenciones que lleva consigo el cargo de una Oficina, quede mucho tiempo para entregarse al noble placer de las observaciones científicas. Tales ocupaciones son poco compatibles con los trabajos especulativos, y los escasos ejemplos de un doble éxito en una y otra carrera, confirman bastante esta triste verdad.

Con todo, las investigaciones científicas son uno de los más dignos objetos de emulacion que el Farmacéutico puede encontrar en el ejercicio de su carrera. El estudio de los séres naturales y de los fenómenos que resultan de su accion recíproca; las numerosas aplicaciones que de ellos puede hacerse á la Medicina, á las artes, á la industria, etc., ofrecen un inmenso campo que pueden cultivar con mucho

provecho, y sus trabajos habituales giran naturalmente alrededor de estos bellos conocimientos. Si la multitud de sus deberes no le permiten entregarse á trabajos dilatados, puede encontrar en pequeño un alimento siempre nuevo á su deseo de aprender y de aumentar el número de las verdades conocidas. La Ciencia tiene mucho que ganar en esta observacion exácta y concienzuda de los más mínimos hechos. Su aislamiento, su falta de aplicacion inmediata, no deben desanimarle; más tarde, todos estos pormenores reunidos y clasificados, pueden dar origen á verdades de conjunto, á consideraciones del orden más elevado; estos modestos trabajos pueden llegar á ser el fundamento de alguna alta teoría, y más afortunados que ciertos principios sistemáticos, no peligran verse destruidos por otros y caer algun dia en el olvido.

Difundir la ciencia y servir á la humanidad, es el doble objeto que incesantemente debe ocupar al Farmacéutico que comprenda todos sus deberes. Su profesion, que descansa á la vez sobre las ciencias y la industria, le dá derecho, en el seno de la sociedad, á un lugar distinguido del cual se debe esforzar en hacerse merecedor.

Jefe de familia, pondrá de manifiesto su probidad y buenas costumbres; hombre científico é industrial, llevará á la sociedad los beneficios de su educacion, el tributo de su talento, de sus luces y de su experiencia; ciudadano, se manifestará fiel á sus juramentos, sumiso á las leyes, afecto á su patria; y si algun dia la consideracion general le llamase á desempeñar cargos públicos, deberá ostentar esa precision de conocimientos, esa pureza de principios, esa

lealtad de sentimientos que caracterizan un alma honrada, un espíritu elevado, y así será digno de la honorífica eleccion que hubiere merecido.

Cumpliendo fielmente con deberes tan severos y multiplicados, el Farmacéutico tiene derecho, sin duda, á encontrar en su Profesion una justa recompensa á sus trabajos, á los sacrificios que él se impone y á los servicios reales que presta á la sociedad. ¿Hasta qué punto puede esperar conseguir lo que constituye el objeto de la ambicion de todos los hombres? Para los unos gloria, celebridad, riquezas en una esfera dilatada y brillante; para los otros, honrosa comodidad, paz, estima y consideracion en un círculo más limitado. A esta última parte es á donde debe dirigirse si comprende bien su posicion, si sabe poner límites á sus pretensiones y á sus deseos, y sobre todo, si sabe discernir y escojer entre los falsos y los verdaderos bienes que la suerte esparce alrededor de nosotros.

Trabajos variados y de un interés siempre genuino para un espíritu observador; una ocupacion sostenida, libre de graves objetos de inquietud; una Profesion independiente unida á la Medicina, sin ofrecer á cada paso el espectáculo de las enfermedades y del dolor, que permite algun tiempo para entregarse al cultivo de las ciencias: tales son las primeras ventajas que el Farmacéutico encuentra en su destino. Mas hay otras que nunca faltan al que se esfuerza en merecerlas: la confianza, el aprecio y la consideracion pública. El aprecio, este primer grado que adquirimos en la buena opinion de los hombres, no exige las más veces talentos elevados. La consideracion general, esta gloria social, le inspira al hombre sensato, le alienta en su

afecto al interés público, y cuando se halla sorprendido por acontecimientos adversos, le indemniza ó le consuela de las injusticias de la fortuna.

Conocidos son los numerosos é importantes servicios que las artes deben á la Farmácia, pues es evidente que una Profesion que descansa sobre el estudio de todos los cuerpos de la naturaleza, que los trata aisladamente ó combinados bajo todos los puntos de vista posibles, debia arrojar inmensas luces sobre la industria.

Así la Farmácia ha suministrado materiales y medios á todas las demás ciencias, hasta el punto que quizás no hay una sola que no haya sido ilustrada por sus principios, perfeccionada por sus aplicaciones ó enriquecida por sus descubrimientos.

Véase cuáles son los derechos de la Farmácia á la consideracion pública, y el lugar eminente que merece entre las Profesiones científicas. Mas no se crea que estas ventajas sean el privilegio esclusivo de los que se hallan en una posicion escepcional colocados en el seno de las grandes ciudades; aquellos que la suerte tiene alejados de esos grandes focos de la civilization, de la ciencia y de la fortuna, no poseen menos, aunque en una esfera más circunscrita y en proporciones menores, los elementos de prosperidad y de ventura; porque las penas, los trabajos y las inquietudes se hallan tambien reducidos en la misma proporecion. Ved el papel que llena el Farmacéutico, tanto en las más pequeñas poblaciones como en las más grandes ciudades: en todas partes se manifestará con ese carácter de reserva y de modestia, honrosa herencia de aquellos que están animados del gusto al estudio y del amor á la verdad; su lugar está señalado en las Aca-

demias y en los Consejos; por todas partes debe ser el hombre útil, ilustrado y señalado por su celo y afecto. El naturalista que por primera vez visita comarcas lejanas, y se acerca á una corta poblacion, ¿en dónde encontrará noticias sobre los objetos que le interesan, en medio del país que recorre? El Farmacéutico le indica con afecto los objetos notables, los recursos que presentan las localidades; le acompaña en sus escursiones, y lisonjeado de encontrarse con el mérito y la ciencia, le manifiesta una sincera amistad.

Pero si hubiere necesidad de alentar nuestro celo por el ejemplo de notabilidades que han figurado en la escena de la ciencia, no faltarian nombres famosos para que el entusiasmo se encaminase hácia el honor de la Profesion. Deberíamos recordar los nombres de esos sábios ilustres que, salidos de una modesta Oficina y despues de haber aprendido en el arte de preparar los medicamentos el gusto de los altos conocimientos sobre los cuales se funda, han estendido cada uno de los ramos de las Ciencias físicas y naturales, han comunicado á numerosos discípulos, ó consignado en importantes obras, el fruto de sus vigiliass y de su esperiencia; que han creado, por decirlo así, la Botánica, la Materia médica, la Química; la Química, que, segun la espresion profética de un grande hombre, debe causar un dia en la industria una revolucion igual á la que ha producido la pólvora en el arte de la guerra. Los trabajos de muchos Farmacéuticos han contribuido al progreso de la inteligencia humana y al adelanto de las ciencias, del mismo modo que han enriquecido la industria y perfeccionado las artes.

Hé aquí lo que nos han trasmitido los fastos de esta Profesion respetable, la que tambien ha tenido sus héroes y sus víctimas. Nuestros deseos, escitados por el ejemplo de semejantes talentos, unidos á virtudes tantas, deben esforzarse en imitar tan especiales modelos, y como ellos, algun dia corresponderemos dignamente á lo que esperan de nosotros la ciencia y la humanidad.—HE DICHO.

JUAN PRIETO Y LEYDA.
